

PROSIGUEN LOS VALEROSOS HECHOS DE OLIVEROS, y Fierabrás de Alexandria.

QUINTA PARTE.

Apenas el Almirante
se vió libre de este riesgo,
hizo venir al instante
todas las tropas del reyno,
para que allí se juntasen,
que pretende darle fuego
á Floripes y á la torre,
y á sus doce compañeros;
y pasados ya tres dias,
hizo memoria en su acuerdo,
de que Floripes tenia
un cinto ceñido al cuerpo,
que donde quiera que estaba
no faltaba el alimento:
mandó llamar á Marpin,
que era encantador proterbo,
y le dixo si podia
con gran cuidado y secreto
ir á quitarle á Floripes
el cinto que tiene puesto.
Dixo que si, y á la noche
en un Diablo caballero
llegó al quarto de Floripes,
y hurtándole el cinto luego
debaxo de la almohada,
y quitandole los lienzos
con que se hallaba abrigada,
y al mirar su hermoso cielo,
no pudo irse sin tocarla
en el carrillo izquierdo,
despertó despavorida:
Guy de Borgoña á este tiempo,
que estaba de centinela
acudió á los gritos luego,
y apenas llegó á la puerta,
vió un hombre salir huyendo,
lo agarró por la cintura,
y le hizo saltar los sesos
contra el umbral de la puerta,
y á la mar lo arrojó luego;
y en este tiempo Floripes
ha echado su cinto menos:
los Caballeros cristianos
la consolaban diciendo:
no os dé cuidado, señora,
que estando Dios de por medio,
no nos puede faltar nada,
por la Reyna de los Cielos.
Amaneció al otro dia;
pero el Almirante viendo

de que Marpin no venia,
dice: ya le tienen muerto.
Cercaron toda la torre,
y los doce caballeros
muertos de sed y de hambre,
luego al instante salieron:
hicieron tan gran combate,
que la sangre de los cuerpos
corria por los arroyos,
como quando está lloviendo:
en fin ganaron del campo
la provision, y traxeron
diez azemilas cargadas
de betualla, y camellos
cargados de pan y vino
mas de cartorce traxeron,
llevandolos á la torre;
y el muy noble caballero,
que llaman Guy de Borgoña,
se quedó enredado en ellos;
pero viendo Don Roldan,
que faltaba un caballero,
y la hermosa de Floripes
con muy grande sentimiento,
volvieron para buscarlo,
y ya estaba prisionero
en poder del Almirante,
y mandó luego al momento
de que pusieran la horca
donde esté á la vista de ellos,
executaronlo al punto
con algazara y estruendo,
sacan á Guy de Borgoña
dándole golpes muy recios,
tirandole muchas piedras
desde el grande hasta el pequeño:
reparó Ricarte y vido
que ya iba su compañero
llegando al pie de la horca,
y que le estaban subiendo,
se apartó luego al instante
con dos de sus compañeros,
se llegó al pie de la horca,
y con su cortante acero
cortó la soga, y le dió
al que lo estaba subiendo
tan gran golpe en la cabeza
que lo despachó al infierno
á que llevase unas cartas
para él y sus compañeros.
Arman á Guy de Borgoña
con armas de un caballero,
y asi que se vido armado,
eran sus golpes tan ciertos,
que siempre buscando iba
á los mayores empeños.
Les ganaron á Aguas muertas,
y el Almirante huyendo
se retiró á otra Ciudad
de dos leguas poco menos.
Los caballeros Cristianos
recogieron los pertrechos,
y volvieronse á la torre,
donde recibidos fueron,
y á la señora Floripes
le entregaron á su dueño.
Don Roldan dixo: señores,
uno de los caballeros
es menester que se vaya
con gran cuidado y secreto
á dar cuenta á Carlo Magno,
que nos envie refuerzo.
Ricarte dixo: señores,
el ir solo bien me atrevo,
que se muy bien el camino,
solo á la puente le temo;
pero al fin yo daré traza,
á ver si pasarla puedo.
Se despidió vigilante,
y tomó el camino luego,
ya que iba bien desviado,
oyeron con gritos fieros
del campo del Almirante,
que repiten estos écos:

aquel que vá á Carlo Magno,
prendanle luego al momento,
y el Rey Clarion que estaba
con su ejército soberbio
dice: yo solo he de ir,
y lo daré vivo ó muerto,
lo alcanzó en muy breve rato,
estas palabras diciendo:
Dí villano donde vas?
que ahora vendrás prisionero,
ó te quitaré le vida.
Ricarte dixo severo:
á bien que solos estamos
ahora aqui nos veremos;
metieron mano á sus lanzas,
dándole recios encuentros,
pero de alli á poco rato
Ricarte logró su intento,
que lo sacó de la silla,
y asi que lo vió en el suelo
la cabeza le cortó,
dando mil gracias al Cielo:
y viendo que su caballo
era tan hermoso y bueno,
montó en él luego al instante,
dexándose el suyo suelto,
el qual se volvió á la torre,
y viendo los caballeros
el caballo de Ricarte,
tuvieron gran sentimiento,
que juzgaron que Ricarte,
seria en el campo muerto.
Llegó á la orilla del Rio,
y viendolo tan soberbio,
se ocultó entre unos breñales,
devota oracion haciendo
á Dios todo poderoso;
vió venir un blanco Ciervo
de la otra parte del Rio,
y asió el caballo del diestro,
poniéndolo al otro lado,
(quien vido mayor misterio!)
salió corriendo el Gigante,
por ver si puede prenderlo,
y Ricarte en su caballo
iba mas veloz que un viento;
fue donde está Carlo Magno,
el qual se alegró de verlo.
Preguntó por sus varones,
le dixo que estaban buenos,
metidos en una torre
con muy pocos alimentos,
y la señora Floripes
tambien se quedó con ellos,
porque quiere ser Cristiana;
y al instante con secreto
allstó todas sus tropas,
para ir á socorrerlos.
Ricarte dixo: señor,
el poder del mundo entero
no puede ganar la puente,
si alguna industria no hacemos:
si me concedes licencia,
que cincuenta caballeros,
con los caballos y cargas,
como que vamos al reyno,
á llevar las mercancias,
por ver si acaso podemos,
de que nos abra la puerta,
y luego que tenga abierto
meter mano á nuestras armas,
y soltar las capas diestros:
lo hicieron como lo dixo;
y aquella noche salieron
mas de doscientos mil hombres,
y otros seis mil caballeros,
cosa de un quarto de legua
de la puente se escondieron,
y los cincuenta marcharon;
tocan á la puerta, y luego
salió el Gigante, y les dice,
que quien son? y respondieron:
Somos unos mercaderes,
que pasamos para el reyno

del Almirante Balán,
y el tributo le traemos,
que se paga en esa puente.
Dixo el Gigante: es entero?
me traereis las cien doncellas,
y tambien cincuenta perros
de caza, y los once gatos,
pero han de ser todos negros:
cada uno un marco de oro
me habeis de dar, y con esto
pasareis por esta puente
sin que os venga ningun riesgo.
Responde el Duque Regnér:
abre te entregarás de ellos.
Abrió el Gigante la puerta,
y Ricarte muy ligero,
poniendo el pie en el umbral,
soltó la capa muy diestro,
todos hicieron lo mismo,
y el Gigante muy soberbio,
viendo que lo han engañado,
alzó una porra de hierro
para tirarle á Ricarte,
le hurtó vigilante el cuerpo,
pero fue con tal pujanza,
que tres quartas en el suelo
la metió; pero al sacarla
llegó Ricarte muy diestro
y con su cortante espada
le dió en el hombro derecho
que el brazo y la media espalda
le hizo venir al suelo,
y Carlo Magno que estaba
con cuidado, acudió presto,
y el Gigante mal herido
era un leon carnicero:
en fin ganaron el puente,
y al Gigante muerte dieron,
Fierabrás y Carlo Magno
iban de los delanteros
para la segunda puerta,
que halló otro Gigante puesto,
que llamaban Anteón,
con una barra de Hierro,
que diez hombres no podian
el levantarla del suelo,
y en altas voces decia
con enfurecidos écos:
Venga acá ese Carlo Magno,
y todos sus compañeros,
que aqui está la puerta abierta;
vengan que aqui los espero.
Quiso salir Carlo Magno,
y Fierabrás á este tiempo
llegó y dixo: Gran Señor,
esto le toca á mi empeño,
y se fue para el Gigante,
y alzó la barra ligero,
y él se metió por debaxo,
y dió tal golpe en el suelo,
que hizo temblar la puente,
y todos quantos hay dentro;
y Fierabrás vigilante
le pegó un golpe tan fiero,
que le cortó entrambos brazos
por cima de los molleros,
y le dió otra cuchillada,
que le cortó todo el yelmo,
y la cabeza le hendió
hasta cerca del pescuezo.
Se metieron en la Villa,
mandó tocar á deguello,
unos se tiran al Rio,
otros se escapan huyendo
á dar cuenta al Almirante:
á donde lo dexaremos,
que con la otra sexta parte
á mi Auditorio prometo
referir del Almirante
la vida, fin y sucesos.

FIN.